

MISS RAISA

PORQUE ME DA LA GANA

Una vida contra los prejuicios



PORQUE ME DA LA GANA

Una vida contra los prejuicios

MISS RAISA

Imane Raissali Salah

© Imane Raissali Salah, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.facebook.com/lunweg

www.twitter.com/Lunweglibros

Fotografías del interior: archivo de la autora

Creación y realización: Lunweg, 2022

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-18820-95-3

Depósito legal: B. 13.161-2022

Imprime: Liberdúplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



Índice

<i>Prólogo: Alzar la voz</i>	9
1. Adiós, Marruecos	13
2. Me integré al poner los pies en Barcelona	21
3. Preparación intelectual... y también emocional	27
4. ¿Qué es para ti ser joven?.....	37
5. La angustia de las miradas ajenas.....	51
6. No íbamos a ser la excepción.....	63
7. La despedida más dura.....	77
8. Buscando una salida	89
9. Para qué hablar si ya no siento nada	97
10. Sola conmigo.....	107
11. Si mi existencia se quiere prohibir, mi resistencia se pone a reír	129
12. Conociendo a mi madre	139
13. Por fin hoy soy lo que siempre he temido	147
14. Empatía, por favor	161
15. Lo que he aprendido hasta ahora.....	175
<i>Epílogo: Para todas las pequeñas Imanes</i>	197

Adiós, Marruecos

Vuelvo a los inicios, pero esto ya es presente.
De la canción *Torno als inicis* (Vuelvo a los inicios)

Ya han pasado más de tres lustros y todavía recuerdo con claridad aquel día. Miraba el horizonte desde la barandilla del ferri con una mezcla de tristeza y miedo. Atrás dejaba ocho años de mi vida. Mis primeros recuerdos, mis primeros pasos, los olores de mi tierra, mi casa, parte de mi familia, los amigos del barrio y del colegio.

Los días previos a la partida fueron jornadas frenéticas de preparativos y nerviosismo. Percibía la angustia en las caras de los mayores, que no decían nada y lo decían todo. El desorden y las cajas por todas partes, las maletas abiertas a medio llenar. No sabía si mi hermana estaba sintiendo lo mismo que sentía yo o si, felizmente, era demasiado pequeña como para saber qué estaba pasando. Nunca se lo he preguntado, quizá por no recordar ese recuerdo traumático, quizá por pereza, pero algo me dice que, a pesar de su temprana edad, vivió aquellos días de forma muy parecida a mí. Aunque no ha pasado tanto tiempo, miro hacia atrás y siento mi etapa marroquí lejana, fruto de una prematura ruptura del cordón umbilical que me unía a esa tierra.

Nací en Tánger. En el momento en el que uno viene al mundo, no se hace una idea de cuánto ese minúsculo espacio va a marcar el resto de su vida. Solo con el paso de los años

y una mirada introspectiva podemos llegar a percibir esa sutil influencia sobre nuestro comportamiento y nuestro carácter. Tánger es un punto de confluencia, de encuentro, entre África y Europa, el Atlántico y el Mediterráneo. Un poco como mi vida, a caballo entre dos culturas, dos continentes, dos mares.

Durante esta primera etapa de mi vida fui feliz. Me dediqué a aprender a vivir, crecer y jugar. Hacía lo que se esperaba que hiciera una niña de mi edad en un contexto social concreto. Jugaba con mis hermanos y amigos, iba al colegio, estudiaba, hablaba con los mayores y notaba que controlaba el pequeño mundo que me rodeaba. A medida que crecía, los límites se ampliaban y descubría que era capaz de hacer cosas nuevas y que más allá de mi barrio se extendía un horizonte lleno de posibilidades. Un horizonte como el que vislumbraría desde el puente de aquel enorme barco en el que dejé Marruecos. Solo que aquel nuevo punto que tenía frente a mí me había hecho un nudo en el estómago que crecía a medida que se aproximaba.

Mi familia era humilde. La vida en Tánger era dura y no había trabajo, lo que llevó a mi padre a tomar la decisión de abandonar su tierra y a su familia. Fueron unos parientes que habían emigrado años antes los que le convencieron. Esto ocurrió antes de que yo naciera. Él se marchó y mi madre se quedó sola en Tánger con mis dos hermanos mayores. Fue una época en la que le costó mucho salir adelante. Años después nacimos yo y mi hermana pequeña, y luego nos fuimos a vivir a Tetuán, donde vivía la familia de mi madre. Durante mi infancia, mi padre nunca estuvo muy presente. Sus visitas eran esporádicas y se me pasaban volando, como una estrella fugaz a la que no da tiempo de pedir un deseo. Trabajaba mucho durante todo el año, y apenas tenía un mes para venir a vernos.

Cuando volvía traía una maleta enorme llena de ropa nueva para mis tres hermanos y para mí, y el olor de aquellas prendas era una pincelada de la tierra desconocida en

la que él vivía. Nos compraba chokolatinas y caramelos, un lujo para el Marruecos de aquellos años. Ni siquiera sabía lo que eran porque tenían un envoltorio diferente, llamativo, con colores muy fuertes y palabras que no entendía. Siempre me costaba abrir esas chokolatinas, sobre todo por la presión de la mirada de mi madre, y, minutos después de forcejear con los dientes para romper el envoltorio, daba un mordisco tímido con miedo a que no me gustara el sabor. Los niños de mi vecindario me miraban con curiosidad y sorpresa al verme tan feliz con los regalos que me hacía papá. Ni ellos ni yo comprendíamos nada.

Un día, fui a casa de mi tía, donde cada tarde jugaba con mis primos al escondite o al fútbol, hacíamos los deberes juntos o simplemente pasábamos la tarde inventando historias. Yo llevaba uno de los vestidos con florecitas rosas que me había traído mi padre y del cual me enamoré a primera vista. Mi tía, al abrir la puerta de su casa, pasó su mirada por mis pequeñas sandalias rosas, subió por mis piernas delgadas y pálidas, se fijó en mi vestido nuevo y finalmente me miró a la cara con un gesto extraño, del cual deduje que tal vez ese día no era bienvenida. Mientras me analizaba, yo trataba de abrir un chupachups de fresa, pero dejé de intentarlo por la incomodidad que me generó su mirada desafiante. Junté las manos y sin darme cuenta empecé a dar chasquidos con los dedos para llenar aquel silencio incómodo, a la espera de que me dejase pasar. Sin embargo, eso nunca ocurrió. Tajante y sin mirarme a la cara, me dijo que no iba a entrar. Se me hizo un nudo en la garganta y mis ojos hablaron por sí mismos. Las lágrimas resbalaron por mi inocente rostro infantil, y, sin entender por qué no me dejaba entrar, eché a correr escaleras abajo en busca de mamá para contarle lo ocurrido y que me diera una explicación.

Papá me preguntó qué pasaba, por qué su niña había vuelto con el corazón acelerado y los ojos tristes. Mi respuesta se presentó en forma de lágrimas incontrolables, tras lo cual nos fundimos en un profundo abrazo. Papá olía al típico

perfume de señores mayores y elegantes, de esos que visten con traje y corbata, un olor fuerte y acogedor que transmite confianza, seguridad y protección, justo lo que necesitaba yo en ese momento. Sus abrazos eran eternos, cálidos, me permitían notar los latidos de su corazón y el amor incondicional que tenía guardado dentro y que casi nunca compartía con nosotros por su constante ausencia debido al trabajo. Si cierro los ojos, todavía puedo sentir la fuerza de sus brazos rodeándome.

Me era prácticamente imposible alejarme de papá durante su estancia. Vivía con el miedo constante a que se fuera. Mi corazón de niña tímida estaba angustiado por la idea de que tal vez al día siguiente, cuando me despertara, hubieran desaparecido su sonrisa y sus manos cálidas, que acariciaban mi rostro con ternura. Observaba mucho su comportamiento, sus gestos cordiales y amables con la gente que lo rodeaba. Convertía la típica situación aburrida de dar los buenos días en un momento entrañable, y toda persona que se acercaba a él acababa sonriendo y pensando de él que era un hombre muy agradable.

Recuerdo con el corazón encogido el día de aquel verano en que papá no amaneció en casa. Simplemente había vuelto a su realidad: el trabajo. Yo era muy pequeña y apenas sabía vestirme sola, todavía dependía mucho de mamá. Recuerdo abrir los ojos de madrugada y sentir un vacío dentro de mí. Las estrellas iluminaban el cielo nocturno de Tetuán, y mientras todo el vecindario descansaba en silencio, en mi mente empezaba un festival de emociones cuyos protagonistas eran el miedo, el agobio y la inquietud. Lancé mi manta de color azul marino, con un dibujo de un sol amarillo sonriente como el de la mítica serie infantil de los *Teletubbies*.

Mi mantita se quedó abandonada en la cuna, y me vio alejarme de ella dando pequeños pasos sigilosos. Me asomé con preocupación a la habitación de papá y mamá mientras mi pelo castaño y liso bailoteaba al inclinarme sobre el marco de la puerta, y, tal como esperaba, no estaban. Empecé

a sentir un poco de frío en mis piecitos, que poco a poco me fue subiendo por todo el cuerpo. Cada vez con más prisa, recorrí todos los espacios de casa en busca de papá y rompí a llorar porque en el fondo sabía que ya no estaba cerca de mí.

Con el pulso acelerado y el cabello ya despeinado de tanto corretear para arriba y para abajo, de repente noté una mano en mi hombro. Era mamá. Me miró y me dio un abrazo cálido y profundo, de esos que automáticamente te hacen derramar lágrimas a borbotones. Lloré de rabia y frustración. Grité hasta que mi voz se desvaneció y su eco dejó en mí un dolor traumático y posiblemente irreparable. Miré a mamá con la cara húmeda, me la limpié con firmeza y eché a correr decidida hacia la puerta. Abrí el pequeño zapatero que había justo en la entrada de casa, el espejo de enfrente reflejaba mi desesperación.

Lo primero que vi fueron las sandalias que me ponía a diario, ya con el dibujo desgastado de tanto usarlas, pero tan cómodas como siempre, y por lo tanto, una muy buena opción para el plan que se me acababa de ocurrir. Me las puse tan rápido como pude y enseguida me di cuenta de que las llevaba al revés. Sin embargo, mi cerebro no pensó ni un segundo en colocarlas correctamente, aquello no era mi prioridad. Con todas mis energías me dirigí a la puerta. Ese corto trayecto de apenas un par de metros me pareció interminable. Era como si a medida que yo movía las piernas el camino se alargara más y más. Finalmente abrí la puerta. Solo el cricrí de los grillos buscaba inquieto el protagonismo en la silenciosa, oscura y fría noche de Tetuán.

No había nadie fuera. Sentí que me ahogaba, noté calor por todo el cuerpo y mis ojos empezaron a materializar en más lágrimas lo que mi corazón no podía verbalizar. Una ligera fragancia de papá seguía aferrándose al ambiente, acompañando mi tristeza durante unos minutos más. Mamá no había sido capaz de detenerme, simplemente se quedó en la puerta mirándome sin creer lo que estaba haciendo. Eso sí, llamó a uno de mis hermanos para que fuera a buscarme an-

tes de que me alejara demasiado. Entonces yo me di la vuelta y muy decidida le dije que iba a ir a buscar a papá. Mostré tal firmeza y seguridad que la dejé perpleja. ¿Qué sintió ella al ver la desesperación en mis ojos? Imagino que impotencia por no poder cambiar esa realidad que tanto daño nos hacía a todos. Mamá también vivía esa frustración y esa angustia en silencio. Por eso tenía siempre los ojos iluminados con todas las emociones calladas para no hacernos partícipes de su tristeza. Pobre mamá, ella también lo pasaba mal. Recorrió los escasos pasos que la separaban de la puerta, me cogió de la mano y me dijo que papá volvería pronto, que ahora era de noche y que yo tenía que volver a mi habitación y dormir un poco más. Su cara blanca y suave, sus labios rosados y sus dientes perfectos me hicieron desconectar de ese momento y volver atrás, a los días en que jugaba a los mecánicos con papá. Accedía a ese recuerdo con la mirada perdida y el rostro lleno de lágrimas. Mamá me cogió y me llevó a la habitación con pasos lentos y sigilosos para no despertar al resto de mis hermanos, que seguían durmiendo.

Amanecí más tarde de lo habitual. El ruido de la gente me despertó. Eran las personas que cada mañana acudían religiosamente al pequeño comercio ubicado en mi calle a comprar la leche fresca para preparar el desayuno. El ruido ambiental que provocaban era inconfundible. Después de tantos años ya reconocía las voces de todos los vecinos e incluso sabía qué compraba cada uno para desayunar. Salí de la habitación y me dirigí a la terraza, donde hacía un sol que cegaba. Allí, me quedé sentada en silencio. Apenas podía abrir los ojos debido a la luz, pero en realidad no quería ver nada, solo quería sentir el calor del momento y escuchar el canto de los pajaritos.

Pasaron los días y las semanas, y como de costumbre papá iba llamando para hablar con nosotros. Por aquel entonces, a principios de la década de los 2000, no existían las videollamadas. Y si existían, mi familia no lo sabía. Por lo tanto, teníamos que conformarnos con una llamada de voz

en la que solo hablaba mamá, y el único tema era la situación general en la que estábamos. Yo evitaba escuchar aquellas conversaciones porque me transmitían preocupación. Además, nunca pude hablar mucho con papá porque a mi edad no era capaz de mantener una conversación seria de adultos. Para los mayores habría sido una pérdida de tiempo, porque pensaban que mi único interés eran las chucherías y los regalos que él podía traerme. Pero en realidad yo solo quería escuchar su risa tan particular y nutrirme de esa alegría que siempre transmitía.

Un día, como de costumbre, estaba jugando con mis primos en los escalones de mi casa, y entonces mamá recibió una llamada inesperada. Respondió con gritos que se oyeron por todo el vecindario. Lloraba y reía a la vez. Al ver su sonrisa infinita, me quedé colapsada. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero por la reacción de mamá tenía que ser algo increíble. Y, efectivamente, era algo que nos iba a cambiar la vida a ella, a mí y a mis hermanos. Por fin, y después de tanto tiempo viviendo separados, podríamos hacer vida en familia de una vez por todas. Ya teníamos la documentación preparada para irnos a vivir a España. Por primera vez en mucho tiempo vi a mamá plenamente feliz. Me hubiera encantado que hubiera habido más momentos parecidos, porque la felicidad de mi madre se nos contagió a todos.

Pasaron los meses y papá volvió en una época en la que no solía venir a visitarnos. Fue toda una sorpresa y me hizo muy feliz. Sin embargo, esa visita tenía una explicación: había llegado la hora de irnos. Mis tías iban de una habitación para otra vistiendo a mis hermanos, guardando nuestra ropa y ayudándonos con los preparativos del gran momento. Era real. Estaba pasando. Me sentí fuera de mí misma, expulsada de mi realidad habitual. ¿Qué era eso de España? ¿Existía algo más allá de Tánger y Tetuán? ¿Estaba muy lejos? Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. Todo lo relativo a aquel otro mundo lo resolvía utilizando mi imaginación. A pesar de

todo, sentía que aquel iba a ser el viaje más importante de mi vida, el viaje de ida sin vuelta y que iba a darle un giro irrevocable a todo lo que yo conocía.

Recuerdo los últimos minutos que pasé en casa, el llanto y la mirada triste de los familiares, que nos echaban de menos sin que ni siquiera hubiéramos salido de allí. A partir de ese preciso instante, incluso antes de salir de Marruecos, ya comenzamos a ser percibidos como inmigrantes.